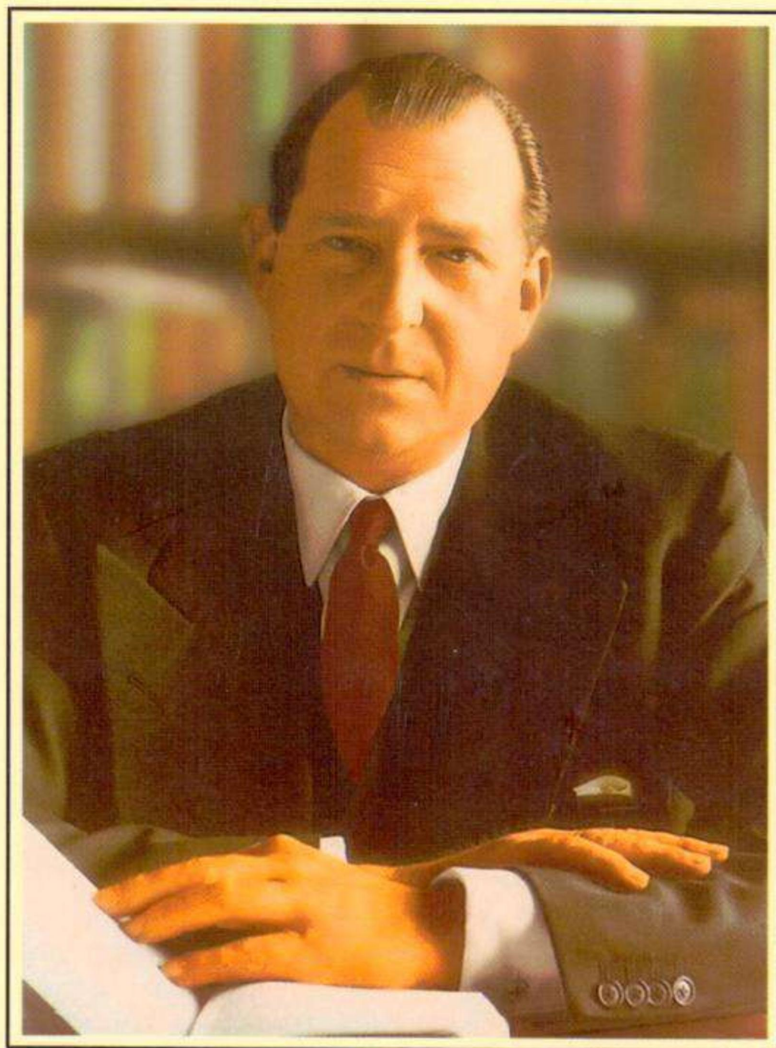
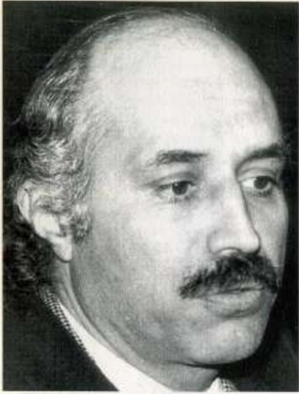


Luis María Anson



**DON JUAN**

PLAZA & JANES



Antonio García Trevijano trazó, tras el asesinato de Carrero, un plan audaz. Los sindicatos clandestinos y las fuerzas revolucionarias tomarían el poder en España a la muerte de Franco en un gran movimiento de masas, como ocurrió en Portugal en 1974. Si Don Juan se ponía a su frente, la Restauración se haría en su persona. Unas declaraciones del Conde de Barcelona a Le Monde, que suponían la ruptura total con el Régimen y con su hijo, eran el comienzo de la maniobra. Cuando todo estaba aprobado, se opuso frontalmente Sainz Rodríguez y desbarató la operación Trevijano. Éste transformó las declaraciones de Don Juan en los doce puntos programáticos de la Junta Democrática, que jugó un papel de relieve en la transición. Trevijano, pues, estuvo a punto de quebrantar en junio de 1974 la larga operación para engañar a Franco que había puesto en marcha Sainz Rodríguez en 1948. Éste es uno de los dieciocho folios de la entrevista con Don Juan en Le Monde, gestionada por Trevijano. Las correcciones son de puño y letra del Conde de Barcelona.

**Pregunta.**  
 Monseñor parece sentir que la aspiración más funda del pueblo español es la del cambio del sistema autoritario al democrático. ¿Será posible este cambio sin graves alteraciones de la paz pública?

**Respuesta.**  
 Yo pienso llevar a cabo este cambio sin riesgos para la comunidad española. Es lo que desea la inmensa mayoría. Pero sectores minoritarios de signo opuesto, y por motivaciones radicalmente distintas, quieren impedir la transformación del régimen (actual) en un Estado democrático moderno. Los extremos convergen para bloquear con su acción el tránsito pacífico a la libertad y a la democracia. Con una diferencia: la ultra-derecha, la única que hoy defiende ideológicamente el régimen, se utiliza por éste como pretexto para frenar esa gran mayoría que desea el paso a la democracia.  
 Para desbloquear esta situación de ignorancia, que beneficia sólo a la clase política corrupta, y a los medios de negocios que se alimentan de ella por la corrupción, es un deber nacional ofrecer una solución política que garantice, como alternativa realista y realista, los legítimos intereses y los valores morales considerados como esenciales tanto



Este sello que infinidad de españoles pegaba en los sobres de correspondencia irritaba especialmente a Franco.



Arias Navarro, antimonárquico, antijuan-carlista, hombre de confianza de la familia del caudillo, fue elegido presidente del Gobierno tras el asesinato de Carrero. Franco estaba decepcionado por la actitud de Don Juan Carlos y, en lugar de nombrar a Fernández-Miranda, que era el hombre de confianza del Príncipe, designó a Arias. El nuevo presidente liquidó en unas semanas a los más estrechos colaboradores del Príncipe, entre ellos a López Rodó. En la imagen rie junto a su valedora, la esposa del dictador, a los pocos días del asesinato de Carrero.



Alfonso de Borbón Dampierre fue siempre desleal a Don Juan. Jugó abiertamente a ser nombrado sucesor por Franco contra su primo Don Juan Carlos y, designado éste, continuó, tras su boda (en la imagen) con la nieta del generalísimo, intrigando para que el dictador rectificara. Era hijo del Infante Don Jaime, sordomudo, que renunció a sus derechos dos años antes de casarse, cuando no había perjuicio de terceros. Alfonso de Borbón Dampierre nació, pues, sin derechos. Su madre era la bella Manuela Dampierre, en la foto con sus dos hijos, Alfonso y Gonzalo, niños.

**Miércoles, 16 de julio de 1969**

A las ocho y media, el Rey había desayunado y trabajaba en su despacho. Anson pide la venia y entra. Don Juan se pone en pie. Su inmensa mole, de casi dos metros, queda al trasluz de la ventana. El Rey tiende las manos y abraza con fuerza a Anson, que permanece firme, manteniendo con dificultad el protocolo.

—Está a punto de llegar Mondéjar con una carta de Juanito. Ve leyendo y ordenando todo esto y luego lo despachamos.

Dice algo más, con la voz empalidecida, y Anson pasa al llamado «saloncito de la Reina». Se sienta en un sofá, bajo el retrato del Infante Don Alfonso. No es capaz de ordenar las cartas y recortes que Don Juan le había entregado.

El marqués de Mondéjar llega a las diez menos veinte. Lema le acompaña hasta el despacho del Rey.

Mondéjar se cuadra ante Su Majestad, da un taconazo e inclina la cabeza.

—Señor —dice con los ojos bajos—, le traigo a V.M. esta carta del Príncipe.

Don Juan la toma entre sus gruesas manos de lobo de mar, la abre y la lee lentamente.<sup>54</sup>

Está escrita con letra clara y firme.

«Madrid, 15-VII-69

Queridísimo papá:

Acabo de volver de El Pardo adonde he sido llamado por el Generalísimo; y como por teléfono no se puede hablar, me apresuro a escribirte estas líneas para que te las pueda llevar Nicolás, que sale dentro de un rato en el *Lusitania*.

El momento que tantas veces te había repetido que podía llegar, ha llegado y comprenderás mi enorme impresión al comunicarme su decisión de proponerme a las Cortes como sucesor a título de Rey.

Me resulta difícilísimo expresarte la preocupación que tengo en estos momentos. Te quiero muchísimo y he recibido de ti las mejores lecciones de servicio y de amor a España. Estas lecciones son las que me obligan como español y como miembro de la Dinastía a hacer el mayor sacrificio de mi vida y, cumpliendo un deber de conciencia y realizando con ello lo que creo es un servicio a la Patria, aceptar el

54. López Rodó afirma en *La larga marcha hacia la Monarquía*, pág. 339, que Don Juan no quiso leer la carta delante de Mondéjar. No es verdad. La leyó delante del Jefe de la Casa del Príncipe.

nombramiento para que vuelva a España la Monarquía y pueda garantizar para el futuro, a nuestro pueblo, con la ayuda de Dios, muchos años de paz y prosperidad.

En esta hora, para mí tan emotiva y trascendental, quiero reiterarte mi filial devoción e inmenso cariño, rogando a Dios que mantenga por encima de todo la unidad de la Familia y quiero pedirte tu bendición para que ella me ayude siempre a cumplir, en bien de España, los deberes que me impone la misión para la que he sido llamado.

Termino estas líneas con un abrazo muy fuerte y, queriéndote más que nunca, te pido nuevamente, con toda mi alma, tu bendición y tu cariño.

JUAN CARLOS<sup>55</sup>

Al terminar la lectura, Don Juan deja la carta abierta sobre la mesa del despacho.

—Dios dirá... —musita, y se le humedecen los ojos—. ¡Qué le vamos a hacer!

Luego se interesa por el viaje de Mondéjar.

—¿Por qué no vienes a misa conmigo? —añade—. Hoy es el Carmen... María, Margot y todos han salido ya para la iglesia.

Mondéjar, que adoraba al Príncipe y quería y respetaba profundamente al Rey, asiente en silencio. Hace una inclinación de cabeza y baja las escaleras para esperar a Don Juan en el vestíbulo. Ya en Lisboa, tras la misa, recibiría una llamada de Doña María para tranquilizarle.

El Rey reclama a Anson.

—Quiero que leas la carta de Juanito —dice.

Anson lo hace despacio.

—¿Qué piensas?

Anson le dice lo que piensa con dureza.

El Rey asiente.

—Me voy a misa... Habrá que hacer algo. Llama a Pedro y a Areilza..., y pensad en algo.

Sale del despacho.

Anson, un poco aturdido, baja las escaleras y le explica a Lema lo que éste ya sabía. Tornos se mueve por toda la casa. Es un insufrible rabo de lagartija.

Anson telefona a Sainz Rodríguez.

—Me coge usted recién salido del baño, mi querido amigo, en pelota picada —responde don Pedro con jovialidad.

Anson le explica lo que acaba de leer.

55. Archivo Don Juan de Borbón.

—¡Coño! —exclama don Pedro, con delicadeza. Y añade, finalmente—: Hay que tocarse los cojones.

Un momento después:

—Como comer hay que comer, le espero en *Saisa* a la una y media. Y procure que el Rey no haga ninguna tontería hasta que yo llegue...

Anson le dice a Lema:

—Hay que avisar a Areilza.

Tornos se precipita al teléfono.

—Yo, yo, yo, yo le llamo a Motrico.<sup>56</sup> ¿Qué le digo, qué quiere el Rey?

—Que venga lo antes posible —contesta Anson fastidiado.

Tras la misa en San Antonio, Mondéjar vuelve a Lisboa. Don Juan se encierra en su despacho. Lema sube en tres ocasiones. A Anson le da la sensación de que Tornos está con Doña María. La apacible *Villa Giralda* parece electrificada.

Don Juan llama a José María Pemán y habla unos minutos con él. Después, en ausencia de Lema, marca personalmente el número de Antonio García Trevijano en Madrid. Le explica la situación y solicita su presencia en Estoril. Solo media hora después, Trevijano pisa ya el acelerador de su *Jaguar*, camino de Portugal. De esta llamada Don Juan no da cuenta ni a Sainz Rodríguez ni a Anson.

—Dice el Señor que me acompañes.

Anson, que estaba absorto, sube con Lema al despacho del Rey.

—¿A qué hora llega Arnau? —pregunta Don Juan.

—En unos minutos, a las doce y media.

—Vendrá más contento que unas pascuas —comenta el Rey, con desdén.

Y se refiere a asuntos menores del barco. Se va Lema. Don Juan mira a Anson fijamente. Siempre ha estado seguro de su lealtad.

—Espera fuera. Te llamo enseguida.

Anson pasa al saloncito de la Reina, que sigue vacío.

Llega el embajador de Franco. El Rey recibe de pie al lacayo de pútrida sonrisa. Toma con dos dedos la carta del dictador y, sin abrirla, la tira sobre la mesa.

Giménez-Arnau, con su afeitada cara, su traje, su corbata y sus zapatitos de atildado dependiente de grandes almacenes, lleva preparada alguna frase histórica sobre Alfonso XIII. El Rey le interrumpe. «¿Qué tendrá que ver la abdicación de mi padre, enfermo de

56. Areilza habla de otra llamada del Rey de madrugada. *A lo largo del siglo*. Planeta, 1992. Pág. 183.

muerte, con todo esto?», piensa irritado. Y le da los buenos días al recadero, sin dejarle hablar.

En sus *Memorias de memoria*,<sup>57</sup> el embajador, que había llegado con Miguel Jabala, al que, según él, pidió que cronometrara el tiempo de la entrevista, escribe pintorescamente: «Lo primero que pregunto a Jabala es cuánto ha durado la conversación. Yo no sabría si una hora y media o cinco minutos. No era ni una cosa ni otra. La conversación se había prolongado catorce minutos...»

Sin duda Jabala cronometró bien el caso que el Rey había hecho al embajador, pero éste debió bajar muy despacio la escalera, recreándose en el retrato de Alfonso XIII, de Laszlo. La gélida conversación con el Rey no duró más de tres minutos.

Don Juan llama a Anson y le dice que abra la carta de Franco, punto final de la lucha por el poder entre los dos personajes. Por eso he empezado la introducción a este libro con la escena terrible en la que culminó aquella lucha de tragedia griega entre el Rey y el dictador.

En *Saisa*, un restaurante absurdo entre Lisboa y Estoril, sobre el mar, Pedro Sainz Rodríguez espera ya, contemplando con evidente delectación las carnes prietas de las bañistas, que retozan en la sal oscura de la playa, sobre las arenas sopladadas por el viento.

Una camarera, que no cabe en el traje, se les acerca sonriente, sangre yoruba en el rostro. Es «la mulata, dos pitones en punta bajo la bata», del verso azul y vegetal de Alberti.

Trae don Pedro el borrador de dos cartas, dirigidas a Pemán y Areilza, con la disolución del Consejo Privado y del Secretariado Político. Cumple así un compromiso que en ese momento Anson no puede adivinar. Ni siquiera se extraña de que se disuelvan los organismos presididos por Pemán y Areilza sin reunirlos antes.

También le lee, haciendo correcciones a la vez, el texto de una declaración o manifiesto de Don Juan. A Anson todo le parece bien. Está tan abatido que permanece indiferente ante las turgentes jovencitas con las que disfruta visiblemente don Pedro. «Son todas como putas», musita Sainz Rodríguez. Y con grave acento de experto añade: «Ni en un burdel enseñan tanto.»

A las cuatro de la tarde están ya en *Giralda*, en el despacho del Rey. Hace un calor insoportable. Don Pedro, más orondo que nunca, resopla, pero domina la situación. Don Juan llama a Lema y le ordena que copie las cartas a Pemán y a Areilza.

—Hay que poner fecha del viernes 18 para que coincidan con el manifiesto y éste quede respaldado por el Consejo —ordena Sainz.

57. Pág. 323.

Don Juan asiente. Luego, el manifiesto llevaría fecha del 19, aunque se distribuyó el 18.

No está el eficaz y discreto Eugenio Hernansanz, el hombre clave en la secretaría desde 1946, pero Lema sube a los pocos minutos con las dos cartas.

El Rey las firma en silencio. La de Pemán se la entrega a Anson.

—Areilza llega mañana y le daré personalmente su carta. A Pemán se la llevas tú.

—Creo que lo mejor que podía hacer Anson es marcharse ya a Madrid —ordena don Pedro—. Hay que comunicar a todos los consejeros la decisión de disolver el Consejo Privado y, sobre todo, hay que dar a las agencias la declaración de V.M. y atender a los periodistas..., a los extranjeros, que llamarán en racimos. Mañana, con Areilza perfilamos lo que haya que perfilar del Manifiesto y luego lo mejor que puede hacer V.M. es meterse cuanto antes en el barco. Ya tendremos después tiempo de ver qué es lo que se hace.

En Madrid, y según cuentan sus protagonistas, se les ocurre a la vez a Carrero, a López Rodó y a Doña Sofía —ya es casualidad— que a Don Juan Carlos se le llame Príncipe de España. Franco, por lo visto, no participa en la elección de este título, un poco grotesco desde el punto de vista histórico.

Pedro Sainz abandona *Villa Giralda*, mientras Anson viaja ya hacia Madrid. Don Juan quería estar solo, según entiende su consejero. No era así: lo que el Rey pretendía es que don Pedro no viera a Trevijano. Poco después de las siete llega éste. El Rey le abre personalmente la puerta de la casa y le da un abrazo. Ambos suben al despacho. Don Juan enseña a Trevijano la carta del dictador, no la del Príncipe. Trevijano se indigna y dice que es necesario responder. El Rey le encarga que redacte la respuesta.

#### Jueves, 17 de julio de 1969

Sobre una crónica de Massip, que asistió al despegue del Apolo XI hacia la Luna, *ABC* abre su primera página con este titular: «Franco dirigirá personalmente un mensaje sobre la sucesión en la Jefatura del Estado.»

El *Boletín Oficial del Estado* publica ese mismo día la convocatoria a Cortes Generales.

Antonio Fontán, director del diario *Madrid*, llama a Areilza y le

da cuenta de una conversación con López Rodó<sup>58</sup> para pedirle que en lugar de nombrar al Príncipe sucesor a título de Rey, se le nombre Príncipe regente. Cree que es la fórmula legal para evitar la liquidación de Don Juan.

Calvo Serer escribe sendas cartas a Franco y a Carrero en el mismo sentido. Areilza no hace ni caso del argumento. Es demasiado inteligente. Y sabe que la suerte está echada.

En Estoril, a las nueve de la mañana, Trevijano vuelve a *Villa Giralda*. El Rey le enseña entonces la carta del Príncipe de Asturias. Trevijano se llena de cólera contenida y le dice a Don Juan:

—Vuestra Majestad tiene el deber de contestar.

El Rey asiente. Luego encarga a Trevijano la redacción de la carta de respuesta. Baján juntos a la secretaría. Don Juan busca su papel personal y se lo facilita a su acompañante. Éste se instala en la sala de gentilhombres, una pequeña estancia con una mesa de trabajo y vitrinas repletas de bellas porcelanas de Sajonia. Es el lugar donde trabajan los Grandes de España que hacen «servicio» en *Villa Giralda*. Trevijano, a la máquina, se queda solo y redacta las dos cartas dirigidas al dictador y al Príncipe. Al cabo de un largo rato, se abre la puerta y se asoma Juan Herrera, recién llegado de Madrid. Se queda de piedra espantada al descubrir la identidad de quien allí está escribiendo a máquina. Herrera pensaría y diría más tarde que estaba copiando el Manifiesto de Don Juan, lo que provocará el error de la mayor parte de los historiadores. Trevijano no intervino en ese texto.

A las once de la mañana, Areilza reúne en su casa de la Castellana, en Madrid, a los miembros del Secretariado Político que ha podido encontrar. Anson, cansado y entristecido, da cuenta de la jornada anterior. La desolación se hace general. Anson ha llamado a Jerez a José María Pemán, que estaba informado por el Rey, y ha dejado la carta con la disolución del Consejo Privado en el domicilio del poeta, en Madrid, en la calle Felipe IV, 9. Explica también que el Secretariado no existe y que el Rey entregará a Areilza la carta de disolución ya firmada. El conde de Motrico no comprende por qué hay que disolver el Secretariado. Lee Anson la carta del Rey a Pemán. Como Don Juan se la entregó abierta, Anson la copió con exactitud:

«Querido José María:

Las nuevas circunstancias creadas en España con motivo del nombramiento de Sucesor en la Jefatura del Estado hacen necesario,

58. López Rodó. *La larga marcha hacia la Monarquía*. Pág. 345. Cfr. también *Memorias II*. Pág. 458.

a mi parecer, un reajuste de las actitudes políticas en el campo de la Monarquía. Por ello he decidido proceder a la disolución de mi Consejo Privado que desde 1946 me acompañó con sus opiniones y su responsabilidad en la orientación de la Causa monárquica. Quisiera expresar a todos y cada uno de sus componentes mi profundo agradecimiento por la lealtad y la abnegación con que me sirvieron a lo largo de estos años.

Y a ti, que has sido ejemplo y guía del pensamiento de nuestra Monarquía y que supiste mantenerte siempre en una intachable línea de fidelidad, quisiera hacerte llegar una vez más mi reconocimiento sincero y cordial por tu tarea y por tu conducta.

Te abraza con todo afecto,

JUAN<sup>59</sup>

A continuación, Anson lee el texto del manifiesto. A Areilza no le gusta.

Se disuelve enseguida la reunión. Areilza le da instrucciones muy precisas a Anson sobre lo que hay que decir a los periodistas. Éste se instala en las oficinas del Consejo Privado, en Goya, 31, camufladas como la empresa de Artes Gráficas AGASA. Se pasa el día allí, con el conde de los Andes y Ramón Jordán de Urries, atendiendo la agitación general, que se ha desbordado.

A las ocho de la tarde, llama Sainz Rodríguez.

—¿Sabe usted quién está aquí?

—Pues, no.

—¡García Trevijano! —exclama con ira.

Don Pedro no se explica la presencia de Trevijano, que no era miembro ni del Consejo Privado ni del Secretariado Político. Cree que Trevijano acaba de llegar, que le ha avisado ladinamente Areilza, y no sabe que está en Estoril desde el día anterior, 16, por la tarde. Sainz Rodríguez defiende con uñas y abundosos tacos su texto del manifiesto, que sufre algunas enmiendas.

Antes de la llegada de Areilza, Don Juan ha firmado y lacrado las cartas para Franco y el Príncipe, y le asegura a Trevijano que saldrán enseguida hacia Madrid.

López Rodó se mueve como una ardilla para flanquear la reacción de Estoril. Desconoce por completo que Franco ha utilizado un arma mucho más poderosa que la que su ministro podía soñar. Consigue López Rodó controlar ABC. Es lo más importante. Pero le falla todo lo demás. Trata de movilizar a tiempo a Juan Ignacio Luca de Tena, que no está en Madrid, a López Ibor, a Juan Herrera, a Luis Alba.

59. Archivo Luis María Anson.

Joaquín Satrústegui, que ha pasado la jornada del 16 con los suegros de Anson en su finca de Valdeprados, llega a Estoril, acompañado de Jorgina, su mujer, el 17, por la mañana. El Rey le recibe enseguida.

En Madrid, Franco, reservón, acepta los textos que le lleva Carrero, aunque no le gusta el título de Príncipe de España. España era él y por eso en las monedas había hecho grabar: «Francisco Franco, caudillo de España por la Gracia de Dios.» Franco es la historia de un mesianismo, según el espléndido libro crítico de Luciano Rincón.<sup>60</sup> Al dictador no le hacía gracia, por consiguiente, lo de compartir España. Pero como llamar a Don Juan Carlos «Príncipe de Asturias» significaba reconocer que su padre era el Rey, el generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, y *caudillo* invicto, termina asintiendo a la propuesta de Carrero, tras garantizarse generosas dosis de incienso en toda la operación. Para Franco, como decía Bernard Shaw, el arte de gobernar se reducía a la organización de la idolatría.

Don Pedro y Areilza cenan opíparamente aquella noche en el hotel Ritz de Lisboa invitados por Trevijano.

#### Viernes, 18 de julio de 1969

A las nueve de la mañana, Antonio García Trevijano acude a *Villa Giralda* para despedirse de Don Juan, quien le asegura que las cartas al Príncipe y a Franco han salido ya. El autor de este libro no ha podido comprobar que sus destinatarios las recibieran.

A las diez de la mañana, Sainz Rodríguez y Areilza perfilan el Manifiesto del Rey, ayudados por Satrústegui, en la terraza del hotel *Palacio*. Por la tarde, alertada por Juan Tornos, Doña María entra en la secretaría y advierte que no puede llevar fecha del 18 de julio. Se le pone fecha 19.

Es falso que Doña María intrigase durante esos días en contra de su marido. En los momentos más difíciles, y especialmente durante aquella semana terrible, Doña María permaneció siempre al lado de Don Juan. Estuvo también, eso sí, haciendo todo lo posible para que no se produjera un choque entre el padre y el hijo. Y su tacto, su habilidad y su firmeza fueron decisivos para que no se llegara a una situación de ruptura.

60. *Franco, historia de un mesianismo*. Ruedo Ibérico, 1964. El libro está firmado con el seudónimo de Luis Ramírez.

*I will go back to the great sweet mother  
mother and lover of men, the sea.*

Tal vez el veterano luchador, el príncipe marinero, recordaría, en esos momentos de desolación y desgarró, los versos de Swinburne, el poeta preferido de sus tiempos de servicio en la Armada británica. En aquella mañana de sol, consumada ya su humillación, anhelaba perderse en el mar para lamerse tranquilo las heridas de la Historia.

El Infante Don Jaime y su hijo Don Alfonso de Borbón-Dampierre, hacen público, con alguna imprecisión de fechas, su servil asentimiento a Franco.

Pero la Familia Real decide no asistir a la proclamación. Doña María, la madre, se va a París. Doña Pilar y Doña Margarita, las hermanas, permanecen en sus casas. Ni siquiera asistirá el duque de Calabria. Don Juan Carlos se enfrentará solo, apoyado admirablemente por Doña Sofía, a las Cortes de Franco.

Joaquín Satrustegui, con ayuda de Zulueta, Miralles y Piniés, escribe una lúcida carta al Príncipe. Se queja de que el Manifiesto de su padre ha sido prohibido y no se ha publicado, y le pide que en su discurso «debe asumir la responsabilidad de esta divulgación [del Manifiesto censurado de Don Juan] pues hemos de suponer que, como consecuencia de la designación, ha de tener el derecho mínimo de exigir que los españoles conozcamos íntegramente y sin mutilaciones el pensamiento y la posición del Jefe de la Dinastía en que V.A. ha nacido».<sup>67</sup>

#### Lunes, 21 de julio de 1969

La noche del 20, madrugada del 21, nadie duerme en España. La sucesión, como había previsto Franco, hombre siempre dado a la marullería, pierde presión ante el alunizaje de Armstrong, Collins y Aldrin.

El «*caudillo* de España por la gracia de Dios» abre el Consejo de Ministros, como el pastor el postigo del redil. Alude a su edad y comunica al rebaño, tras un cálido autoelogio, que ha decidido nombrar sucesor a título de Rey al Príncipe Don Juan Carlos.

Según López Rodó,<sup>68</sup> dijo también: «El año pasado cuando estubo en Madrid la Reina Victoria y tuve una conversación con ella, me dio

67. Archivo Sainz Rodríguez. Copia mecanografiada del original.

68. López Rodó. *Memorias II*. Pág. 471.

a entender claramente que sus preferencias estaban al lado del Príncipe Don Juan Carlos.» Es falso lo que dice el dictador.<sup>69</sup> Pero desea que se crea así. Ha retrasado la designación de sucesor hasta la muerte de la Reina Victoria Eugenia porque no quería enfrentarse con una declaración de ésta en favor de su hijo Don Juan. Federico Silva<sup>70</sup> recoge la intervención de Franco de forma diferente a López Rodó: «Cuando estubo con la Reina Victoria me alentó a que si estaba decidido a instaurar la Monarquía en la persona de su nieto, lo hiciera lo más pronto posible.» Es impensable que Doña Victoria empleara la palabra instauración, prescindiera de su hijo y metiera prisa a Franco. Pero así se escribe alguna Historia.

El dictador arremete contra Don Juan y le lanza unas cuantas pedradas, sin que se produzca un solo balido en el rebaño, salvo los de placer. El silencio de los corderos se espesa mientras habla el pastor. Franco, en el apogeo de su gloria, asegura que Don Juan era «inservible» y dedica un turno a atacar expresamente a los *rabadanes* del Secretariado Político. Está eufórico.

A continuación, Carrero lee, en nombre de las ovejas, un largo escrito que lleva preparado y que Franco escucha con agrado. Adora la política áptera del incienso.

Castiella, ministro de Exteriores, no se atreve a decir que, en medio del esperpento, hay una persona digna: el Rey, que ha ordenado le supriman el Gabinete Diplomático. El fiel, discreto y perfecto marqués de Lema, y el incierto Tornos, abandonan *Villa Giralda*. Ese Gabinete, formado por dos diplomáticos, es todo lo que Don Juan había aceptado de Franco desde la Guerra Civil, y ello como demostración de que sus actividades eran transparentes y que no conspiraba, lo cual, por otra parte, está claro que no era cierto.

El Rey, suprimido el Gabinete Diplomático, reclamaría después a Don Juan Carlos la placa de Príncipe de Asturias. «Esto no es lo nuestro, de manera que venga la placa.»<sup>71</sup> En 1977, tras su abdicación el 14 de mayo, se la entregaría al nuevo Príncipe de Asturias, Don Felipe.

Durante la tarde de aquel día, el dictador se reúne con el Consejo del Reino, mientras los falangistas arrecian en su campaña para que la votación en las Cortes fuera secreta y se dijera no. Con

69. En la pág. 21 y sig. de este libro ha podido contrastar el lector la verdad de este asunto.

70. Silva. *Memorias políticas*. Pág. 238.

71. Pedro Sainz Rodríguez. *Un reinado en la sombra*. Pág. 276. (La placa a la que se refería Don Juan probablemente es la Cruz de la Victoria.)

la votación pública, cara a cara con Franco, casi nadie se atrevería a votar negativamente y perder los generosos pesebres con los que el Régimen tenía atados y bien atados a los miembros de su clase política.

Bau le cuenta a López Rodó<sup>72</sup> que Carlos Arias Navarro, antes de entrar a la reunión del Consejo del Reino, defiende que la votación sea secreta, incluso con Franco ausente en el momento de efectuarse. Arias era uno de los cabecillas falangistas más activos contra la designación del Príncipe. López Rodó creyó haberle aplastado en aquellas fechas. No podía ni imaginar que solo cuatro años después, el dictador, cada vez más consciente de que se había equivocado con la elección del Príncipe, nombraría, asesinado Carrero, presidente del Gobierno a Carlos Arias Navarro. La primera medida que tomó el veterano falangista fue liquidar a López Rodó del ministerio y enviarle a una embajada de segunda, para que pudiera recoger allí los escombros de su política.

Don Juan Carlos, entretanto, recibe a Vicente Mortes, al que muestra una carta de su madre.

Cena el Príncipe en el *Club 31*, con Doña Sofía y varias personas. Antonio García Trevijano está allí con un amigo. El Príncipe, al salir, se acerca a la mesa.

—¿No me saludas, Tono? —le pregunta a Trevijano.

—Este se levanta, le mira y responde, tendiéndole la mano:

—Saludo, como siempre, al amigo. Nunca al sucesor.

#### Martes, 22 de julio de 1969

Entran en funcionamiento las instituciones de la dictadura. El 94'6 de los procuradores le dice que sí a Franco en su propuesta de sucesor. López Rodó está exultante. No solo ha ganado a la Falange una partida en la que sinceramente cree, sino que se ha consolidado como el hombre fuerte de España después de Carrero. El futuro es suyo. Así lo cree él, así lo creen todos. Votan no, además de Luca de Tena y el teniente general García Valiño, que quiere reventar a Franco, diecisiete falangistas irreductibles. El grueso de los procuradores de Falange, arriados los pantalones, lo hacen afirmativamente. El voto es público, mirando cara a cara al dictador. El hemicycle es un puro temblor de piernas. El César se muestra allí en el cenit de su gloria y su poder. También dicen sí Valdeiglesias, Valde-

72. López Rodó. *La larga marcha hacia la Monarquía*. Pág. 367.

casas y Fanjul que eran, además de procuradores, miembros del Consejo Privado de Don Juan.

El discurso del dictador carece de grandeza histórica. Es un texto autocomplaciente e irrelevante, reproducido por todos los periódicos españoles. Los procuradores ovacionan hasta el delirio a su *caudillo*.

Al relatar estos hechos, de nuevo Luis Suárez hace un juicio penetrante, recordando la apertura monárquica desde el manifiesto de Lausana en 1945 y afirma: «La jornada del 22 de julio de 1969 fue, en el fondo, más compleja de lo que sus protagonistas creían.»<sup>73</sup> Para Suárez se estaba produciendo un «juego a dos bandas de la Dinastía: Don Juan capitalizaba toda la oposición no comunista; Don Juan Carlos, las fuerzas que servían de apoyo al Régimen. El resultado debía ser, en todo caso, la restauración del Trono.»<sup>74</sup> Es éste un párrafo clarividente. Desde 1948, Sainz Rodríguez había mantenido una sutil estrategia bifronte para engañar a Franco y asegurarse la Restauración de la Monarquía.

#### Miércoles, 23 de julio de 1969

En el Palacio de la Zarzuela, el Príncipe de Asturias firma la aceptación del nombramiento y pronuncia unas palabras sobre las que han trabajado Mondéjar, Armada y Gamazo.

«Formado en la España del 18 de julio —dice ante Antonio María Oriol, ministro de Justicia y notario mayor del Reino— he conocido, paso a paso, las importantes realizaciones que se han conseguido bajo el mandato magistral del Generalísimo.» Para coronar ese magistral mandato, Franco había ordenado que asistieran al acto de aceptación todos los miembros de la Familia Real que estaban en España, además del vicepresidente del Gobierno y el presidente de las Cortes. El Príncipe tuvo a su lado a Doña Sofía y a sus hijos, los pequeños Infantes. Don Felipe, en brazos de la Princesa. Ni su madre, ni Doña Pilar, ni Doña Margarita, ni Don Carlos de Borbón Dos Sicilias, asistieron. Sí lo hizo —paradojas de la Historia— su enemigo frontal, Alfonso de Borbón-Dampierre, acompañado de su hermano Gonzalo y de Luis Alfonso de Baviera. Este último recordaría durante muchos años la inmensa tristeza de los ojos del Príncipe de Asturias.

73. Suárez. *Francisco Franco y su tiempo*. Tomo VIII. Pág. 99.

74. *Ibidem*. Pág. 94.

La callada tempestad que había sacudido el ánimo de Don Juan está ya amansada y en calma. Tras la cena, se instalan los tres en la biblioteca de Sainz Rodríguez en la *rúa* Alexandre Herculano. Exhibe don Pedro la misma edición florentina de la *Relación de los embajadores venecianos* que Cambó regaló a Don Juan. La conversación se prolonga hasta la madrugada. El Rey aprende la lección de aquella jornada y sabe que tiene que arriar ya las banderas de la soberbia. Los engranajes delicadísimos de la maquinaria política para la Restauración quedan al cuidado de aquel sabio profesor especializado en literatura mística. Él es el arquitecto del edificio monárquico.

Don Pedro explica, punto por punto, sus luchas con Vegas y Gil-Robles tras la conferencia de Potsdam, sus amarguras, la incompreensión del Rey, su estrategia trazada en 1948 para engañar a Franco. Acentúa la exigencia de guardar el más absoluto secreto y espera que, de la disputa de la noche anterior, no quede otra impresión a los consejeros que una bronca entre el Rey y él. Desvela, en fin, el tejido más íntimo de su política minuciosamente planificada, las secretas ganzúas para forzar los portones del poder. Lo cuenta casi todo. No todo porque es demasiado largo. No dice que ha escrito una carta a Franco, pidiéndole volver a Madrid. Tampoco dice que piensa ofrecerle, para acelerar el nombramiento de sucesor del Príncipe, contener la reacción de Don Juan. Se murió sin contárselo a nadie. Como el Gaspar revolucionario del *Diálogo secreto* de Buero Vallejo, Sainz Rodríguez podrá decir con acidez: «Tú eres tu mentira. Si prescindes de ella ¿qué serías?», porque «... todo el mundo hace trampa. Es por la selva en que vivimos. Hay que engañar a los demás».

### El Secretariado Político y Areilza

Se decide aquella noche crear un Secretariado Político, que sea un auténtico Gobierno en la sombra, y poner a su frente a un hombre capaz, no como Pabón. Don Pedro asegura que ha hablado ya con Areilza.

—Pero si lo que quiere usted, don Pedro, es que el Rey presente una imagen atractiva para el exilio y la izquierda, no me parece a mí que Areilza, embajador de Franco, sea el nombre más adecuado —objeta Anson.

—Parece mentira que diga usted esas cosas. Es de parvulario político. Naturalmente que nadie más adecuadamente que Areilza. Es muy inteligente, y, al revés, se excederá en sus contactos con la izquierda, precisamente para lavar su pasado.

Se decide también esa noche ampliar el Consejo Privado y el Rey apunta los nombres que Sainz Rodríguez le sugiere: Gomis, Juan Antonio Zulueta, Martín de Riquer, Jesús Obregón, Guillermo Luca de Tena, Linatti, Ruiz Gallardón... Anson propone a Vegas Latapié. Sainz Rodríguez insiste en el nombre de José María Ramón de San Pedro —él sabía muy bien por qué— y alguien —¿Trevijano, tal vez?— había propuesto ya a Gaitanes.

También se estructura el Secretariado Político, que se divide en cinco secretarías (Leyes, Información, Organización, Economía y Relaciones con la Iglesia) y delegaciones en las provincias.

Unas semanas después de aquella conversación se perfilan los nombres con Areilza: Hermenegildo Altozano, Pablo Martínez Almeida y Luis Sánchez Agesta para Leyes; Luis María Anson, Guillermo Luca de Tena y Ramón Maura para Información; Hermenegildo Altozano, conde de los Andes, Fernando Aramburu y Francisco Melgar para Organización; Luis Gaitanes y Jesús Obregón para Economía; y Juan Jesús González para Relaciones con la Iglesia. Sainz Rodríguez insiste y consigue que José María Ramón de San Pedro se incorpore al Secretariado, lo que sorprende un poco a Areilza y a Anson. Más tarde, Miguel Ortega y Santiago Nadal formarán parte de aquel Gabinete en la sombra, de aquel Consejo de *rabadañes*, como le llamaba Franco.

El 2 de abril, cuando ya todo está decidido con Sainz Rodríguez y Areilza, Don Juan borborea piadosamente con Pemán y le escribe: «Mucho celebro lo que me dices, pues aunque no he querido dar mi opinión a nadie, para no influenciar en lo más mínimo lo que decida el Consejo, no te oculto que precisamente la solución que apuntas respecto al funcionamiento de una especie de Secretariado me parece la más acertada y ya iremos pensando en los nombres.» De su propuesta el 5 de marzo de 1966 de hacer una política nueva, nada de nada. Ha aceptado plenamente la tesis de Sainz Rodríguez de que todo siga igual. «Me parece conveniente —escribe a Pemán— renovar un poco el Consejo, pero de momento creo es mejor no sustituir la *troika*.»<sup>77</sup>

Trataba con esta carta Don Juan de dulcificar el nombramiento de Areilza, que se había filtrado y producido una reacción altamente desfavorable en la vieja guardia del juanismo. El 25 de abril Pedro Gamero del Castillo escribe una dura carta al Rey: «Todo ello me lleva a sostener que la política monárquica debe seguir beneficiándose, en primer término, del caudal de autoridad y ascendiente en la vida

77. Archivo José María Pemán.

española, acumulado por las personalidades que durante tantos años le han servido con ejemplar lealtad, contribuyendo eficazmente a convertirla en la perspectiva política generalmente aceptada. No debe olvidarse que estas personas gozan de hecho en la sociedad española de un cierto "status" o reconocimiento como representantes de la Monarquía y promotores de su Restauración y que, en todo caso —y más aún teniendo en cuenta la escasez de nuestro capital político— el despilfarro de tal logro sería suicida.<sup>78</sup>

La carta de Gamero, con el hachazo a Areilza, llega tarde. El nombramiento es un hecho. Don Juan, muy atribulado desde el 5 de marzo de 1966, no tiene otro criterio que el que impone Sainz Rodríguez.

Durante tres años, José María Areilza dio medida de su capacidad política y realizó una ingente labor, no suficientemente reconocida, en la gestión del Secretariado. A él se debe, junto a la actividad de Satrústegui en Unión Española, la incorporación a la solución monárquica de la izquierda nacional. Como suponía Sainz Rodríguez, Areilza fue a veces más allá de lo previsto y sus entrevistas secretas con Rodolfo Llopis,<sup>79</sup> que todos conocían, llegaron a causar alguna alarma a Don Juan y a Sainz Rodríguez. Pero su gestión fue irreprochable. Hubiera sido un formidable Presidente de Gobierno de la Monarquía.

### 1966. La Monarquía de todos

Anson aprovecha la ley de Fraga que entra en vigor en abril de 1966 y empieza a publicar en *ABC*, periódico del que era en aquella época subdirector, fotos de Don Juan, con el pretexto de cualquier acto, lo que pone muy nervioso a Franco. Sainz Rodríguez sugiere al periodista que escriba un artículo en el que se sintetice lo que piensa Don Juan sobre la Monarquía. «Que a los españoles les quede claro —le dice— que hay una Monarquía, la de Franco, que es la que defienden Carrero y los *lópeces*, y otra Monarquía, la Constitucional, que es la que defiende Don Juan».

—Se lo tendré que enseñar antes al Rey —comenta Anson.

—¡Qué manía la suya todo el día con el Rey a vueltas! Es cojo-

78. Archivo Gamero del Castillo.

79. En el archivo de Sainz Rodríguez hay una carta en la que explica cómo Joaquín Arrarás, al que don Pedro escribió el epílogo a su *Historia de la II República*, le advirtió de que la policía vigilaba los contactos de Areilza con Llopis.

nudo el asunto. ¿Pero es que se ha creído usted que el Rey es Metternich? Un día va a oír usted rebuznar al Rey y va a creer que está cantando la Callas. Hay que joderse. El Rey tiene la formación que tiene y nada más. A él le corresponde sancionar la política pero no hacerla. Lo que tiene que hacer el Rey es comer bien, beber bien, jugar al golf, tocarse las pelotas y mantenerse joven y con buen humor, para cautivar a los que acuden a visitarle. De lo demás me encargo yo.

Anson, apabullado, escribe el artículo. Lo hace llegar previamente al Rey. Lo titula «La Monarquía de todos». Se publica el 21 de julio de 1966. Al leerlo en el retrete por la mañana, Franco llama indignado a Fraga y ordena el secuestro de *ABC*. La policía lo retira de los quioscos. Incluso lo arrebatan de las manos a ciudadanos que han comprado *ABC* y lo llevan por la calle. La Guardia Civil lo recoge en los pueblos. El escándalo es monumental. Se han generalizado ya las fotocopiadoras y, como escribe José Antonio Novais en *Le Monde*, «todo el mundo lleva el artículo de Anson en el bolsillo». Se hacen centenares de miles de fotocopias. López Rodó, en sus *Memorias*, se refiere al artículo de Anson<sup>80</sup> y, además de transcribir unas tonterías de Mertes, recoge alborozado la miserable réplica de un periodista, que escribe sabiendo que Anson, maniatado, no puede contestar.

El artículo «La Monarquía de todos» dice así:

«En la vieja Europa de las experiencias y de las sabidurías políticas, una serie de países avanzados, de alto nivel de vida, que han hecho una reforma social justa y han distribuido la riqueza de manera equitativa, sin necesidad de revoluciones armadas, ni de sangre; que, en fin, gozan de libertad en medio de paz prolongada y de ejemplar estabilidad política, son Monarquías: Suecia, Noruega, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Inglaterra... Con esto no quiero negar la existencia de repúblicas justas y estables, sino sencillamente subrayar un hecho incuestionable: la Monarquía es un sistema que responde a las exigencias de la más avanzada modernidad social y política, y no solo no entorpece el progreso y la libertad, sino que, por el contrario, los favorece al máximo. De ahí se deriva, tal vez, la profunda popularidad de la institución monárquica en los países europeos que disfrutaron de ella, en todos los cuales, por cierto, han gobernado o gobiernan los socialistas. Que en Bélgica, en Dinamarca e Inglaterra el pueblo está con la Monarquía, nadie puede dudarlo. Por eso toda la propaganda antimonárquica desbordada en España por ciertos sectores de dema-

80. López Rodó. *Memorias*. Tomo II. Pág. 59s.

Cualquier español de la nueva generación, sea de la ideología que sea, considerará este texto moderado y sin aristas. La España de 1966 ya no era la del 40 ni la del 50. Pero este artículo supuso el secuestro de *ABC*, el procesamiento de su autor y, después, la presión sobre la empresa para enmascarar la decisión de enviar a Anson al exilio. Franco reaccionó con desmesura y le dijo a *Pacón* ese mismo 21 de julio de 1966: «Lamento mucho lo ocurrido pero ese artículo no podía ser más tendencioso, inoportuno e impolítico. El mayor enemigo de la Monarquía y del Régimen no hubiera escrito nada más lamentable. Después de una guerra de tres años, con cerca de un millón de muertos y media España destruida, no se le ocurre a este señor otra cosa que la salvación de España está en una Monarquía democrática...»<sup>81</sup> Areilza, que estaba al frente del Secretariado Político, tuvo el valor de elogiar públicamente el artículo, lo calificó de «éxito resonante» y lo llamó «premonitorio en su contenido».<sup>82</sup> A finales de agosto, Fraga Iribarne expuso la situación a Juan Ignacio Luca de Tena, que llamó a su despacho a Anson.

—Franco —le dice— no quiere procesos ni escándalos. Va a sobreseer el asunto pero desea que te vayas al extranjero. Yo voy a hacer —añadió con su caballerosidad proverbial— lo que tú quieras después de hablar con mi hijo Torcuato. Si decides quedarte en España, el periódico arrostrará las consecuencias.<sup>83</sup> Si decides marcharte, elige la corresponsalia que desees. Será un exilio, lo cual es durísimo, pero un exilio soportable.

Anson, naturalmente, decide marcharse. No quiere comprometer al periódico. Se casa antes con una mujer maravillosa, Beatriz Balmaseda, de la que tendría tres hijas. Pasa su luna de miel y rosas en la guerra del Vietnam. Después se instala en Hong Kong. Habla todas las semanas con el Rey y con don Pedro. Y prepara su regreso.

El 21 de diciembre de 1966, una trombosis coronaria termina con la vida de Ramón Padilla, el hombre de máxima confianza del Rey. Con sesenta y cuatro años de edad, el discreto diplomático era una pieza clave en *Villa Giralda*. Don Juan le quería. Cuando el féretro sale del *Carpe diem*, el Rey lo detiene un momento, se inclina sobre él y besa el crucifijo, mientras la emoción le arrasa los ojos.

81. Franco Salgado-Araujo. *Mis conversaciones con Franco*. Pág. 478.

82. Areilza. *A lo largo del siglo*. Pág. 180.

83. El Gobierno tenía en sus manos el cupo de papel para presionar a las empresas periodísticas.

## Capítulo XXIX

### 1968-1969: AÑOS CLAVES

Los juancarlistas de Carrero y López Rodó le van ganando todos los envites a la Falange, el principal de los cuales es la Ley Orgánica del Estado, refrendada el 12 de diciembre de 1966. La firmeza de Carrero y sobre todo la habilísima y tenaz labor de López Rodó en favor del Príncipe Juan Carlos, remueven poco a poco la inercia y la pasividad de El Pardo. La dictadura organiza con eficacia el referéndum y solo el 1'81 por ciento de los españoles votan que no. Hay unos minutos en el recuento en que se riza el rizo de la farsa: el número de votos afirmativos es superior al censo. Franco ha cumplido ya treinta años en el poder y Don Juan le envía un telegrama de felicitación, dentro también —aquí sí que Ricardo de la Cierva advierte la estrategia de Sainz Rodríguez— «de un juego a dos bandas».<sup>84</sup> El historiador subraya una frase de Fraga en su diario: «Almuerzo (uno más) en el difícil tema del diario *Madrid*. Asisten Luis Valls, R. Calvo, Antonio Fontán y Trevijano. Está cada vez más claro que, en lugar de jugar cada vez más claramente a la reforma, hay una organización que se ha repartido el juego: unos van a apoyarse a ultranza en Carrero y otros a jugar a la ruptura.»<sup>85</sup>

El 14 de diciembre de 1967 cae la Monarquía griega lo que conmociona a la Zarzuela y a El Pardo. La dictadura militar termina haciéndose incompatible con el Rey Constantino.

### 1968. La Reina Victoria regresa a España

Y llegamos al año 1968. El ritmo de los acontecimientos se va a hacer trepidante.

El 5 de enero, el Príncipe de Asturias cumple treinta años, la edad fijada por la Ley de Sucesión para poder ser designado sucesor a título de Rey.

El 30 de enero nace el primer hijo varón de los Príncipes de Asturias: el Infante Don Felipe. Ya hay heredero.

El Rey, acompañado por la Reina Doña María y la Infanta Margarita viaja en coche a España. Almuerza en Elvas. Llega a Madrid

84. *Franco Don Juan, los reyes sin corona*. Pág. 148.

85. Fraga Iribarne. *Memoria breve de una vida pública*. Pág. 215.

al anochecer y se instala a vivir en el Palacio de la Zarzuela. El 7 de febrero, después de la comida, se dirige toda la Familia Real al aeropuerto de Barajas para recibir a la Reina Victoria, que vuelve por primera vez a España desde aquel lejano 15 de abril de 1931. No hay ni propaganda, ni horas libres en oficinas y comercios, ni movimiento oficial. Pero el pueblo madrileño cubre los nueve kilómetros desde el aeropuerto a Madrid. González-Doria, recogiendo fuentes de la policía, cifra en ciento cincuenta mil las personas que se movilizaron aquella tarde del 7 de febrero.

La Reina, que viaja desde Niza, baja del avión y, ante los millares y millares de personas que se agolpan en Barajas, ministros y autoridades de Franco, hace con parsimonia la reverencia protocolaria hasta el suelo ante su hijo, el Rey. Y la hace para que no haya duda de cuál es su posición en la cuestión sucesoria. Los ministros Castiella, Oriol, Espinosa San Martín y Lora Tamayo estaban allí sin permiso de Franco, que se negó a recibir a la Reina en Barajas y prohibió a Alonso Vega que acudiera, autorizando solo al ministro del Aire. No se equivoca el dictador. Las puertas del aeropuerto saltan hechas añicos, la multitud se desborda, arrolla a los ministros, y la gran sorpresa: se aplaude con calor a la Reina madre, pero el delirio se forma en torno a Don Juan. Un ¡viva el Rey! interminable le acompaña a cada paso. La muchedumbre bloquea e inmoviliza el automóvil durante catorce minutos de reloj. La Reina está sorprendida. «No me podía imaginar que la popularidad de mi hijo Juan fuera tan grande», diría. Doña Victoria toma el té con Franco en el Palacio de la Zarzuela. El *caudillo* ha tenido la deferencia de desplazarse con su esposa, desde El Pardo. Le recuerda a la Reina antiguos tiempos. Y Doña Victoria le dice: «Estamos los dos muy viejecitos.» La Reina tiene una enfermedad hepática, a pesar de lo cual aguanta un besamanos de ocho horas en el Palacio de Liria, abierto por la generosa duquesa de Alba al desfile incesante del pueblo de Madrid.

Pero de lo que toma buena nota Franco es de la popularidad de Don Juan en cada uno de sus movimientos. Visita la Virgen de la Paloma y el barrio es un clamor. Acude a El Escorial y el pueblo se echa a la calle. Entra en el Monasterio, visita el Panteón de Reyes y baja al *Pudridero* donde está su abuela, la Reina Cristina. Reza un rato y Anson advierte la humedad que vela sus ojos. Al pasar por el Valle de los Caídos decide acercarse a la tumba del que fue su amigo José Antonio Primo de Rivera. Recibe a un centenar de militares en el palacio del duque de Alburquerque, en Recoletos. Se entrevista secretamente con el general Díez Alegría en casa de Antonio García Tre-

vijano. Y recibe, en la Zarzuela, audiencias de todas las clases sociales y todas las ideologías, incluidos miembros de Comisiones Obreras.

Y, sobre todo, deshace con un gesto inteligente la torpeza del reinado de su padre en relación a la intelectualidad. Don Juan, que había visitado a Juan Ramón Jiménez, a Pablo Casals, a Pablo Picasso, a Salvador de Madariaga, que había sido amigo de Ortega y Gasset, de Dámaso Alonso, de Gregorio Marañón, que más tarde visitaría en Wellington a Vicente Aleixandre, acude a casa de Ramón Menéndez Pidal, acompañado por Pemán, Marías, Dámaso, Rosales y Anson y le dice:

—Vengo, don Ramón, a rendir en su persona homenaje a la cultura española.

El Rey y su madre apadrinan a Felipe de Borbón y Grecia. Franco, con cara de palo, asiste, acompañado por Doña Carmen, a la ceremonia. Carrero vuelve la espalda al Rey cuando éste se le acerca.

Franco estudia el informe sobre el viaje de Don Juan. Se da cuenta por primera vez de que, con la nueva situación de los medios de comunicación, si no toma decisiones sucesorias enseguida, no podrá contener la popularidad contagiosa de Don Juan. Le frena el temor a que la Reina Victoria haga una declaración en contra de una eventual decisión suya en favor de Don Juan Carlos.

López Rodó aprovecha la situación y ejerce máxima presión sobre El Pardo. Le habla directamente y con valor a Franco. Moviliza a cuantos pueden influirle. Sobre todo a Camilo Alonso Vega.

El 13 de mayo estalla la huelga general en Francia. La Universidad se levanta en un clamor de jóvenes descontentos. Ondeán las banderas rojas en manos de muchachas enfundadas en ceñidos pantalones vaqueros, al aire la aterida seda de los vientres agresivos. Es una protesta general, un clamor de la Historia. Es el descontento airado de la nueva generación. Los jóvenes no creen ya en una sociedad de posguerra que se hace irremediabilmente vieja. Franco está atónito. No entiende nada. La sociedad de consumo, la sociedad del automóvil y los electrodomésticos había creado la generación del silencio. Pero, de forma súbita, la juventud se revuelve. Aquella generación del hámagos y el bostezo, hastiada, aburrida, sin ilusión, está ya en la calle haciendo su propia revolución. Sainz Rodríguez elogiaría a aquellos revolucionarios y también a los *hippies*: «Están con el Evangelio. Solo han cambiado una preposición. En lugar de decir «amaos los unos a los otros», aconsejan «amaos los unos sobre los otros».

Un artículo escrito por Calvo Serer titulado *No, al general De*

*Gaulle* provoca el secuestro del diario *Madrid* y la reacción iracunda de Franco que poco tiempo después cerraría el periódico.

Don Juan Carlos, flanqueado por Carrero y López Rodó, va tomando de forma cada vez más nítida la postura que había previsto Sainz Rodríguez, incluso con alguna alusión a la eliminación del duque de la Torre, una de las jugadas maestras en la estrategia de Sainz Rodríguez. Y se lo dice a su padre:

—Yo he seguido la línea que tú me trazaste. El duque de la Torre se oponía a que yo me instalara en la Zarzuela. Él quería que yo fuera a estudiar a Salamanca y fuiste tú quien me puso aquí. Con ello tomaste una opción. Estar en la Zarzuela era estar cerca de Franco... Tú has jugado a una carta; yo a otra, por tu mandato...<sup>86</sup>

El 2 de agosto de 1968, ETA asesina al guardia civil José Pardiñas y al policía Melitón Manzanas. Franco se queda estupefacto. No podía ni imaginar que en su Arcadia perfecta pudieran ocurrir cosas así. Los lobos del terrorismo habían metido sus hocicos entre los tobillos de España. Veinticinco años después no se han restañado las ásperas dentelladas de ETA. El terrorismo es una sangre sin fin que se derrama.

### 1968. El dictador portugués, descerebrado. López Rodó acosa a Franco

El 7 de septiembre de 1968 un derrame cerebral inmoviliza al dictador portugués Oliveira Salazar, que es sustituido por Marcelo Caetano. Alonso Vega, instigado por López Rodó, le dice a Franco: «Toma nota de Portugal y deja claramente establecido quién habrá de sucederte.» El generalísimo se encuentra muy abatido. Todo un mundo en el que había creído se derrumba a su lado. No entiende las costumbres de la juventud nueva, ni las modas de las playas, ni el rock, ni la minifalda, ni los *hippies*, ni la protesta estudiantil, ni el fervor por el *Che* Guevara, ni casi nada de lo que explota inevitablemente en toda Europa.

El *caudillo* de los sueños imperiales, el que iba a construir un glorioso Imperio hacia Dios, entrega el 12 de octubre de 1968 casi todo lo que le queda a España: Guinea, Fernando Poo, Annobon, Corisco, Elobey Grande, Elobey Chico... Solo resta el Sahara. ¿Por cuánto tiempo?

Gregorio López Bravo acucia a Franco en ese mes de octubre

86. López Rodó. *Memorias*. Tomo II. Pág. 314.

para que nombre sucesor y presidente del Gobierno. El *caudillo* es como un boxeador sonado, cada día recibe un nuevo golpe.

También en octubre, Don Juan envía una carta a su hijo, preparada por Sainz Rodríguez y Pemán, en la que se anticipa al nombramiento de sucesor. Pedro Sainz quiere que quede claro que la política bifronte va a continuar. Un Príncipe nombrado sucesor se ocupará de la España oficial. Un Rey hostil a Franco se atraerá a la izquierda y al exilio para evitar que cristalice una tercera República. Don Juan, en esa larga carta muy bien escrita (la redacción es de Pemán, no de Sainz Rodríguez, que hablaba extraordinariamente bien y escribía de forma ramplona), le dice a su hijo: «El tiempo pasa y puede llegar el instante en que el futuro de España tenga que resolverse no como tesis abstracta, sino como realidad viva y concreta en su fórmula institucional y en las personas que hayan de realizarla y encarnarla. Sería imperdonable que en ese momento, conscientes de nuestra responsabilidad y deber, tú y yo no hubiéramos llegado, de común acuerdo, a un concepto de fondo de lo que en esa coyuntura es mejor para España.»<sup>87</sup>

El 24 de octubre, el almirante Carrero le lee y entrega a Franco un memorándum titulado *Consideraciones sobre la aplicación del artículo VI de la Ley de Sucesión*. La presión sobre el *caudillo*, pilotada por el incansable López Rodó, crece. Para Carrero Blanco el Rey no será otra cosa que la guinda sobre la tarta. A Ramón de San Pedro se lo explica de forma pedestre: «Para decírselo a usted con claridad meridiana, aunque la comparación y el razonamiento que voy a hacerle no está pensado para ser expuesto ante las Cortes, la Monarquía que se instaurará en España ya está preparada. Será como una tarta compuesta de almendra, chocolate y crema, porque así nos gusta a quienes hemos de consumirla. Y el Rey será tan solo la guinda, que se coloca en el centro de la tarta, para darle una nota de color.»<sup>88</sup>

El 22 de noviembre, la revista *Point de Vue, Images du monde* (número 1603), especializada en familias reales, publica una entrevista en la que el Príncipe, entre otras muchas cosas, declara: «Nunca, nunca aceptaré la Corona mientras mi padre esté vivo.» Consternación en El Pardo y conmoción en el juancarlistismo. Según López Rodó, las declaraciones son apócrifas. El marqués de Mondéjar asegura que el Príncipe no ha dicho nada de eso. Armada le comunica a Juan

87. Archivo Don Juan de Borbón.

88. Archivo Luis María Anson. Carta de José María Ramón de San Pedro de 1-III-1983.

milia, reasume sus funciones. «Como el viejo dictador de *El otoño del patriarca*, la novela que poco después escribiría García Márquez, volverá a hacerse cargo del poder. «Arias, ya estoy curado.» Así resume la situación Juan Pablo Fusi en un libro imprescindible para entender el tránsito de la dictadura a la democracia.<sup>18</sup>

En una cacería, Villaverde había comentado para estupefacción de López Rodó: «Por lo pronto tenemos cinco años de Gobierno de Arias, después ya se verá», torciendo el gesto al referirse a Don Juan Carlos. La familia no ha renunciado a liquidar al Príncipe para sustituirle por Alfonso Dampierre. Las espadas siguen en alto. Franco ya no controla casi nada. Está enfermo. Es un carcamal encogido y decrepito, aunque digno. Arias Navarro no puede con el Gobierno, ni con la calle, ni con los periodistas. El dictador, atizado por su entorno, le obliga a destituir a Pío Cabanillas. Pero todo sigue igual.

Un muchacho joven y comunicativo que se llama Felipe González le gana la partida a Llopis en Suresnes y es elegido secretario general del PSOE en el XIII Congreso del partido. El periodista Pedro Rodríguez empieza a hablar de *Isidoro* en su sección de la Prensa franquista. Una copiosa quinta columna de socialistas y comunistas actúa ya abiertamente en los periódicos, las emisoras de radio, la agencia *Efe* y la televisión de Franco. Todo, salvo el Ejército, está infiltrado. La conmovedora lealtad de hombres como Utrera Molina no es suficiente para sostener el cuarteado edificio. La dictadura se está desmoronando cuando despunta el año final: 1975.

### 1974. Don Juan y las declaraciones a *Le Monde*

Pero ¿cómo se ve desde Estoril la crisis del Régimen? El mismo día 20 de diciembre de 1973, al conocer la muerte de Carrero, el notario Antonio García Trevijano no duda un instante, sube a su coche y, siete horas después, está con Don Juan en su despacho de *Villa Giralda*. Su plan es simple y diáfano. La dictadura franquista está a punto de resquebrajarse y caer. Los sindicatos clandestinos y la oposición democrática se harán irremediabilmente con el poder. Si Don Juan se pone al frente del movimiento democrático de forma decidida, puede ser el Rey de España. No es un planteamiento torpe, sino hábil y audaz. La gran fogata de la conflictividad social está ya crepitando en España. A escondidas de Sainz Rodríguez y de Anson, el

18. Raymond Carr-Juan Pablo Fusi. *España, de la dictadura a la democracia*. Planeta, 1979. Pág. 210.

Rey empieza a mantener contactos periódicos con García Trevijano, que va perfilando una estrategia muy precisa. El derrumbamiento de la dictadura portuguesa unos meses después,<sup>19</sup> en abril de 1974, da la razón a lo que ha venido exponiendo el notario. Don Juan, que vive en Portugal y respira el enfebrecido ambiente revolucionario, cada vez está más convencido de que a su hijo le ocurrirá lo mismo que a Marcelo Caetano. Para alzarse con el liderazgo de la oposición democrática, Trevijano le propone hacer unas declaraciones a *Le Monde*, la biblia entonces del progresismo europeo. Don Juan accede. André Fontaine está de acuerdo. Marcel Niedergang, con su gran prestigio profesional, es el encargado de dar forma periodística a la operación. Se prevé la publicación para el día 28 de junio. Trevijano prepara unas declaraciones serias, bien construidas y rotundas, con doce puntos clave. Significan la ruptura. Don Juan defiende la amnistía, la legalización de los partidos políticos, incluido el comunista, la autonomía de las regiones y el completo establecimiento de las libertades y derechos. El Rey rompe con todo lo que la dictadura significa. Eso supone que también rompe con su hijo.

El miércoles 19 de junio de 1974, la operación Trevijano está cerrada. Carrillo y otros futuros miembros de la Junta Democrática que se reúnen esos días en el *Ritz* lisboeta ni lo saben, ni lo creen. A Niedergang se le espera en Estoril. El Rey decide finalmente consultar con Sainz Rodríguez. Y estalla el temporal. Don Pedro se encoleriza, advierte a Don Juan que esas declaraciones son el fin de la Monarquía y que la Restauración solo se puede hacer como está prevista: con Don Juan Carlos, apoyado por el Ejército, única garantía de que el Rey se siente en el Trono para, una vez en él, desmontar las Leyes Fundamentales de Franco y devolver la soberanía nacional al pueblo español a través de la voluntad general libremente expresada. Para Sainz Rodríguez la cuarta etapa de la Restauración está a punto de culminarse. Si la familia de Franco no tuerce la pasividad del dictador en favor de Alfonso Dampierre, cosa políticamente muy complicada, Don Juan Carlos se convertirá en Rey. La ingente labor realizada por Unión Española y la paciencia de Don Juan con los líderes de la oposición democrática han despejado la aceptación inicial de la Monarquía, por parte del sector más cualificado de la izquierda, hasta unas elecciones generales. Franco perde-

19. Vegas Latapié, con sorprendente sentido del humor, le envió un telegrama a Pedro Sainz con esta cita de Balmes: «¿Queréis evitar revoluciones? Haced evoluciones.» *Obras completas* (Primera edición crítica, ordenada y anotada por el P. Ignacio Casanovas). Biblioteca Balmes, 1935. Vol. 14. Pág. 225.

rá así su última batalla y, con ella, la guerra, y Don Juan podrá ver establecida en España la Monarquía por la que tanto ha luchado, lo que significa el triunfo de sus ideas frente a las de Franco. La operación Trevijano lo echaría a perder todo, quebraría la unidad dinástica y arruinaría los sacrificios realizados por Don Juan desde 1969. No se trata de provocar una ruptura, como quiere Trevijano, sino de hacer una flexible evolución, como decía Balmes.

De nada sirve la elocuencia de Sainz Rodríguez. El Rey está harto de todo y no cede. Hará las declaraciones. Se despiden fríamente y don Pedro se va indignado al cine. Por la noche, Don Juan, Gaitanes, Trevijano y varios de sus amigos van a cenar al *Mushasho* en el *Guincho*, cerca de Cascais. Gaitanes, de forma inteligente y moderada, se opone al proyecto de Trevijano y a las declaraciones. Gaitanes preside el Gabinete de Información del Conde de Barcelona, único organismo político que se mantiene en *Villa Giralda*, y su amistad personal con el Rey es muy estrecha. Don Juan le escucha impresionado. Trevijano le dice: «Si no firma esas declaraciones, Don Juan habrá perdido hoy su última oportunidad de ser Rey.»

Al día siguiente, jueves 20 de junio, en casa de José Lacour, el discreto militar que sustituyó a Lema en la Secretaría del Rey, se reúnen a almorzar con Don Juan y Pedro Sainz, Trevijano, Vidal, Rincón y sus amigos. Saltan chispas. Don Pedro se opone frontalmente a las declaraciones. Vocifera que la unidad dinástica no se puede quebrar y que el proyecto es una locura. Trevijano se le enfrenta y afirma que la lealtad a la Monarquía exige firmar las declaraciones. Sainz Rodríguez lee el texto de un discurso que pronunciará Don Juan en la cena del día 22, antevíspera de su santo. Trevijano se apoya en una frase del texto y afirma que «quién ha escrito eso es un traidor». La palabra nefanda estalla como un explosivo en la habitación. A don Pedro se le encabritan sesenta años de lealtad a la Corona. Con el cuerpo bamboche en temblor, el sudor temblando sobre su piel enmolecida, las tres papadas zorollas en agitación, las manos balumbas golpeando la mesa, los ojos bravos en incandescencia, Sainz Rodríguez se vuelca todo él, en un torrente de palabras que se clavan como dagas venecianas, como gúmbas embravecidas, en la carne de Trevijano. Se levanta, llama a su coche y se marcha, sin apenas un breve gesto de acatamiento a su Rey.

Disuelto el almuerzo y ante el silencio de Don Juan, Trevijano considera que ha perdido la partida. No sabe que no es así. No sabe que durante toda la tarde Don Juan sigue meditando y, en una conversación telefónica con Sainz Rodríguez, se inclina a mantenerse firme.

Don Pedro llama a Anson por teléfono a Madrid. Le explica la situación. «Solo hay un hombre que puede evitar la catástrofe: Pemán. Llámeme y véngase con él inmediatamente.»

Al día siguiente, viernes, 21 de junio, Pemán, que ha viajado desde Jerez a Madrid, embarca en el avión con Anson. A media tarde, el Rey les recibe en su despacho de *Villa Giralda*. Está irreductible. Tiene un deber con la Historia. No cree en nada de lo que se ha organizado en España. Piensa que ocurrirá lo mismo que acaba de pasar en Portugal, y aunque tiene dudas de que la oposición democrática, tras una revolución, le acepte, como dice Trevijano, al menos la Institución quedará limpia. Así que piensa llamarle de nuevo y hacer las declaraciones. Pemán y Anson se quedan mudos y desolados.

Sainz Rodríguez enrojece al conocer la reacción del Rey. Dos tigres de Bengala se pasean airados por sus ojos. Está a punto de explotar. Mientras cenan los tres en el hotel *Palacio*, Anson propone: «Deberíamos subir a *Villa Giralda* e intentarlo de nuevo.»

—Pero eso es una violencia —objeta Pemán, moviendo su dedo índice vacilante.

—Yo no puedo ir, pero tú sí, José María. Y Anson también.

En el coche de Sainz Rodríguez, Delfín, su chófer, les conduce hasta *Villa Giralda*. El Rey tiene una cena con invitados y no se le puede interrumpir. Pemán insiste. Está ya muy mayor y el temblor continuo del *parkinson* le macera la garganta. El Rey sale del comedor. Pemán se le acerca, arrastrando los pies sobre la alfombra del salón. Se tropieza y está a punto de caer. Don Juan le sujeta.

—Vuestra Majestad no puede hacer eso... Vuestra Majestad no puede hacer eso —balbucea Pemán.

El Rey le pone las manos sobre los hombros y le asegura: «No te preocupes, José María, que voy a reflexionar», le dice. Y, sin más, se despide de Pemán y Anson con un ademán incierto.

El 22, sábado, por la mañana, Don Juan reclama a Anson. Le recibe breve y secamente. «No tenéis ninguna razón, pero no puedo hacer nada contra vosotros. Ahí tienes las declaraciones.»

—Me da usted la mayor satisfacción de mi vida —se emociona don Pedro al oír la noticia.

Por la noche, se celebra una cena en el hotel *Estoril Sol*, en la que Don Juan pronuncia con el salón abarrotado, el discurso preparado por Sainz Rodríguez, el mismo por el que Trevijano le había llamado traidor. Naturalmente, en *Un reinado en la sombra*, don Pedro, que elude hablar de muchas de sus maniobras clandestinas en relación con Franco —el libro está escrito en 1980, en pleno furor antifrancquista— no hace la menor referencia al pasaje Trevijano, aun-

que dedica nueve páginas al acto y al discurso, reproduciendo crónicas de Oneto, *Arriba, Ya*, Salas y Guirior, Contreras, *Nuevo Diario*, Pedro Rodríguez, Veyrat, Apostua, *Argos* y Carandell. Pemán no se queda al acto político del *Estoril Sol*, pero Anson sí. Constituye un gran éxito. El lunes 24 se celebra la tradicional recepción social en *Villa Giralda*.

### Nace la Junta Democrática

En la extensa entrevista para *Le Monde* —dieciocho folios apretados—, Don Juan respondía así a una pregunta sobre cómo satisfaría en su reinado las aspiraciones de la oposición democrática, afirmando por primera vez que autorizaría el Partido Comunista:

«Tras la triste y trágica experiencia de nuestra guerra civil, el deseo prioritario y esencial de la izquierda, y en general de toda la oposición democrática, es la conquista de las libertades públicas para el pueblo español: amnistía política, libertad de prensa, de opinión y de información; libertad de reunión, libertad sindical, derecho de huelga, libertad de partidos políticos sin exclusiones; reconocimiento de la personalidad regional, en particular la de aquellos pueblos como el catalán y vasco configurados específicamente por la historia; independencia de la función judicial respecto del poder ejecutivo; profesionalidad y neutralidad del Ejército ante la política interior, y, por último, separación de la Iglesia y del Estado. Todo esto, naturalmente, manteniendo un alto nivel de empleo y la defensa del poder adquisitivo de la moneda con una adecuada política anti-inflacionista.»

Trevijano transforma el texto de las respuestas de Don Juan en los doce puntos de la declaración programática de la Junta Democrática, que se reúne, primero, el 25 de julio, en el hotel *Intercontinental* de París y, después, en octubre de ese año 1974, también en la capital francesa, en el hotel *Loti*:

- «1. Formación de un Gobierno Provisional.
2. Amnistía total e inmediata para todos los presos y detenidos por razones políticas y sindicales.
3. Legalización de los partidos políticos, sin exclusión.
4. Libertad sindical.
5. Reconocimiento de los derechos de huelga, reunión y manifestaciones pacíficas.
6. Libertad de expresión y opinión en radio, TV y prensa.
7. Independencia del poder judicial.

8. Neutralidad política y estricta profesionalidad de las Fuerzas Armadas.

9. Reconocimiento, bajo la unidad del Estado, de la personalidad política de los pueblos catalán, vasco, gallego y de las comunidades regionales que lo decidan democráticamente.

10. Separación entre la Iglesia y el Estado.

11. Consulta popular, entre los doce y dieciocho meses del restablecimiento de las libertades democráticas, para decidir la forma definitiva del Estado.

12. Integración en la Comunidad Europea, respeto a los acuerdos internacionales y aceptación de la coexistencia pacífica internacional.<sup>20</sup>

Representantes, en primer lugar, de Cataluña, País Vasco y Galicia, el partido comunista de Carrillo, el partido socialista de Tierno Galván, el partido maoísta del Trabajo, Comisiones Obreras, algunos carlistas de don Hugo, varios grupos independientes y personalidades independientes como Calvo Serer se integran en la Junta Democrática, que se convierte en fuerza clave de la oposición. Trevijano se había entrevistado con Felipe González antes en el Parador de Antequera, mostrándose conforme el joven socialista con la Junta. Elegido secretario general del PSOE en Suresnes, hizo, sin embargo, una declaración en su contra.<sup>21</sup> En honor de Trevijano es de justicia decir que no se opuso nunca a los contactos de Don Juan con los dirigentes de la Junta.

Socialdemócratas de Ridruejo, democristianos de Gil-Robles, liberales, la Izquierda Democrática de Ruiz Giménez, algunos grupos socialistas de Cataluña, un sector del PNV y otros varios partidos que no aceptan la Junta Democrática, todos ellos en buena relación con Don Juan, crearían un año después la Plataforma de Convergencia Democrática, en la que se integrarán posteriormente el PSOE, UGT y otros sectores, partidos y grupos, de diverso pelaje. El clamor por la libertad del pueblo español ha puesto cerco a la dictadura.

El 27 de septiembre de 1974 Sainz Rodríguez escribe a Don Juan una carta con asuntos de trámite. En un P.S., apuña de nuevo a

20. Archivo Luis María Anson.

21. Cfr. Cinta de vídeo de la conferencia de García Trevijano en la Universidad de El Escorial, el 16 de agosto de 1994. Durante el coloquio posterior y la intervención de Carrillo, Trevijano acusó al antiguo líder comunista de «traidor», lo que provocó un considerable escándalo y la reconciliación posterior. La versión de Trevijano sobre la fundación de la Junta Democrática se ajusta más a la realidad que la de Carrillo, muy imprecisa, en sus *Memorias*. Pág. 580s.

Trevijano. «Después de la bomba —escribe— con intervención comunista, ¡qué posición tan desagradable para V.M. si Trevijano hubiese logrado sus maniobras!»<sup>22</sup> Pero el Rey no está convencido de que Sainz Rodríguez y Pemán tengan razón y continúa dudando de si debió hacer las declaraciones a *Le Monde* y asumir abiertamente el liderazgo de la oposición democrática. El 28 de mayo de 1975 Rafael Calvo Serer le escribiría desde París una carta de siete folios, en la que le reprocha no haber hecho las declaraciones e insiste: «Me atrevo a repetir lo dicho entonces: que, a la vista del curso que sigue la vida pública de nuestro país, ya no es profecía sino pura constatación histórica, puesto que están siendo aniquilados el régimen de Franco y las posibilidades reales de su sucesor, aún en vida misma del dictador que lo creó, y que ha quedado reducido a la impotencia política y biológica sin darle paso al Príncipe Juan Carlos y sometiéndole además a su propio desgaste.»<sup>23</sup> Pero Sainz Rodríguez se mantiene firme en su estrategia para la Restauración. La realidad es que todo su plan estuvo a punto de zozobrar en junio de 1974 con la intervención de Trevijano. Si no llega a ser por Pemán, el joven notario hubiera derrotado al viejo zorro monárquico. La carta de Calvo Serer pasa, sin embargo, con pena y sin gloria por el ánimo de Don Juan.

22. Archivo Sainz Rodríguez.

23. Archivo Don Juan de Borbón.

## Capítulo XXXIII

### 1975. EL FIN DE LA DICTADURA

El 20 de marzo de 1975, una pelea familiar y un accidente le producen a Don Jaime de Borbón y Battenberg, Infante de España, un hematoma. Tras ser trasladado al hospital Saint-Gall en Suiza, fallece. Alfonso de Borbón-Dampierre es ya el Jefe de la Casa de Borbón. Él y su familia política siguen intrigando para desplazar a Don Juan Carlos en el ánimo de un dictador decrepito, que vive a rastras, pero con dignidad, los últimos meses de su vida.

Don Juan recibe incesantemente a dirigentes de la oposición democrática. Desde 1969, más de un centenar han pasado por su despacho o le han visto en sus viajes en audiencias privadas, y ante todos ha desarrollado la misma argumentación:

—En los tiempos que vivimos, parece lógico que la juventud sea republicana. Usted lo es y, naturalmente, no tengo nada que reprocharle. Pero convendrá conmigo que intentar la proclamación de la República cuando mi hijo acceda al Trono sería tanto como llamar a gritos al Ejército. Tendríamos una nueva dictadura militar con Rey o sin Rey, pero el Ejército vencedor de la Guerra Civil tomaría el poder. Esa nueva dictadura duraría seis, ocho o diez años y sería derribada al fin, porque los pueblos caminan siempre hacia la libertad. Pero podemos evitar mucha sangre y un gran trauma nacional si personas como usted aceptan la Monarquía con el compromiso formal mío de que mi hijo convocará en un plazo corto elecciones generales libres. Tras esas elecciones ustedes pueden continuar con la Monarquía o proclamar la República, pero en lugar de una ruptura traumática se habrá hecho una evolución pacífica de la dictadura a la democracia.

El trabajo ingente de Satrustegui y Unión Española, la credibilidad de Don Juan tras más de cuarenta años de exilio y el buen sentido de muchos dirigentes de la izquierda nacional se congregaron para colmar de éxito la más compleja y difícil de cuantas operaciones había impulsado Sainz Rodríguez para la Restauración de la Monarquía: evitar la III República.

#### Los contactos de Don Juan con la oposición democrática

Tierno Galván fue hombre llave. Aceptó íntegramente, y la defendió con firmeza, la teoría de Don Juan. De su artículo «La Mo-

narquía puente» participó una buena parte de la izquierda. La tesis de Tierno era lúcida: «Hay que aceptar la Monarquía como el mejor y más fácil puente hacia la democracia. Luego, ya veremos.»

En su libro *Cabos sueltos*,<sup>24</sup> el viejo profesor desarrolla su posición en aquellos años críticos que van de 1970 a 1975. También ha explicado muy bien lo que ocurrió en esa época Raúl Morodo. El autor de este libro no se considera autorizado para revelar ni los nombres ni las conversaciones de muchos de los dirigentes de la oposición democrática que visitaron privada o secretamente a Don Juan. Pero, aparte los casos abiertos de los socialistas Tierno Galván y Morodo, el socialdemócrata Dionisio Ridruejo o el democristiano Gil-Robles, voy a reproducir el testimonio ejemplar de tres dirigentes de la oposición democrática, porque ellos tuvieron la generosidad de hacer públicas las entrevistas con Don Juan, en artículos publicados en *ABC* y *El País*.

Fernando Baeza y Fernando Morán se refieren a su encuentro con Don Juan en una espléndida *Tercera* de *ABC*, el 18 de abril de 1993, titulada *Testimonio Socialista*, cuyo texto íntegro dice así:

«En los años sesenta y primera mitad de los setenta, un grupo de socialistas del interior comenzamos a visitar Estoril. Sin duda, no éramos muchos, pero servimos, en la medida de nuestras capacidades, para establecer un vínculo entre la persona de Don Juan y las incipientes formaciones que dentro de España se consideraban socialistas sin prestar obediencia a las instrucciones de Toulouse. Lo cierto es que ya, anteriormente, colectivos como el socialdemócrata de Dionisio Ridruejo y el funcionalista de Enrique Tierno, relacionados en Madrid con la Unión Española de Joaquín Satrustegui —adelantado mayor de la Monarquía parlamentaria—, se habían aproximado a Don Juan, persuadidos de que únicamente la Restauración podía abrir cauce a la recuperación de las libertades democráticas. Nosotros dos, integrados en uno y otro grupo, fuimos partícipes de ese primer acercamiento.

Sin embargo, no fue hasta después del Congreso en Múnich del Movimiento Europeo —junio de 1962— cuando se estrechó la relación del socialismo doméstico con el círculo de Estoril. Era evidente que cada día se ensanchaba el ámbito de quienes cifraban en la actuación de Don Juan la clave de una solución democrática. El proceso de unidad europea iba adquiriendo cuerpo y, gracias al éxito del mismo, centenares de miles de trabajadores españoles encontraban empleo fuera de nuestras fronteras y millones de turistas extranjeros venían a pasar sus vacaciones en la Península. Nada, salvo la voluntad del general Franco, se oponía a que España enderezase sus pasos hacia un sis-

tema representativo. Estoril, llegamos a pensar, era la clave. Solo la Restauración podía garantizar, en el contexto internacional, el tránsito incruento de un régimen autoritario a otro democrático.

No es fácil responder, aún hoy y con toda la documentación que en los últimos tiempos se ha puesto a nuestro alcance, a la pregunta: ¿qué causas impidieron que se abreviase el largo paréntesis impuesto por la autocracia?

Franco era un hombre envejecido, en cuyo entorno se movían personajes de corta visión de futuro, como el almirante Carrero Blanco. De hecho, el General carecía de sucesión política, reducido el Movimiento a un testimonio retórico y privadas las FF.AA. del prestigio que sobre éstas pudieran haber ejercido los mandos superiores en la guerra civil. El principal soporte del gastado régimen fue el apoyo que desde 1953 le venían prestando, sin ambages, los sucesivos Gobiernos de los EE.UU., fueran republicanos o demócratas, a trueque de unas bases estratégicas en nuestro suelo, y el miedo de cierta burguesía, lucrada en pingües negocios, a una traumática “regresión histórica”, espantajo que la propaganda franquista agitaba contumazmente, si bien con mejor proyección según pasaban los años. Y hay que recordar que ya, por ese entonces, dentro del clero nacional, incluidas sus altas jerarquías, se producían voces disconformes con la continuidad del sistema, de acuerdo con el “aggiornamento” de la Iglesia romana.

El desarrollismo de los años sesenta producía, a efectos del cambio, efectos complejos y, en parte, contradictorios. Por una parte, el desarrollo legitimaba, a corto plazo, el Gobierno autoritario y tecnocrático que lo impulsaba o que se beneficiaba de la coyuntura general europea, mientras que la emigración, aparte de las remesas de divisas, aflojaba la presión salarial y la capacidad de lucha obrera. Por otra parte, pese a los desequilibrios estructurales de tal desarrollo, éste fomentaba la creación de las clases medias imbuidas por la tendencia al consumismo y en parte desideologizadas, pero cuya cultura natural no era la dictadura autoritaria ni su instrumentación tecnocrática, sino un régimen de libertades. Con todo, el mayor problema del Régimen estribaba en la sucesión a la jefatura del Estado. La salud de Franco inspiraba en los círculos del poder económico crecientes inquietudes. La operación consistente en una Restauración que tirase por la borda al heredero designado por Alfonso XIII no estaba aún completada.

En esa coyuntura, la oposición al Régimen miraba con creciente interés hacia Estoril. Los acuerdos de Biarritz no habían hecho posible encontrar en la inmediata posguerra la palanca para una Restauración sostenida por los aliados. El abandono por los Estados Unidos y Francia, y el último desinterés por Londres de la baza monárquica, aceptada en principio por los socialistas, habían imposibilitado una solución al respecto, solución que en el interior de España tropezaba con la oposición de la mayoría de los altos jefes militares y que care-

24. Enrique Tierno Galván. *Cabos sueltos*. Bruguera, 1981. Pág. 374s.

cía de un apoyo popular suficientemente activo, dada la desarticulación de las fuerzas democráticas.

La oposición concluye que su misión es la creciente concienciación de la sociedad y, en su caso, el aprovechamiento de las circunstancias sucesorias para imponer un marco democrático. Esta dimensión, la acción concreta en las circunstancias del tránsito de régimen, señalan a Don Juan de Borbón como un protagonista ineludible. Y, naturalmente, reducen el fundamentalismo republicano y matizan el inicial y muy general principio de accidentalismo en cuanto a forma de Estado.

En Toulouse no acababan de entenderlo así, y ello explica ciertas dificultades entre los nuevos grupos socialistas del interior y la tradición tolosana. Recuérdese cómo tanto Tierno como Dionisio Ridruejo fueron entonces acusados de oportunismo institucional desde los órganos de la dirección socialista en Francia. Lo mismo sucedía con los nuevos grupos en Cataluña y otras regiones de nuestra geografía.

Se intensificaron, pues, los contactos con Don Juan. Éste —los dos lo recordamos— nos recibió con máxima cordialidad y con una apreciación correcta de nuestra posición en las primeras entrevistas que con él mantuvimos. Lo mismo podían decir hoy, o lo dijeron cuando aún estaban en vida, no solamente Tierno o Ridruejo, sino tantos otros que se definían socialistas como Raúl Morodo, Prados Arrarte, José Federico de Carvajal, Luis Maestre, Marcelino Lobato...

Algún grupo procedió a una cierta institucionalización de esas relaciones. Las primeras tomas de contacto se plasmaron en la admisión explícita de la Monarquía en la figura de Don Juan, como base institucional para la reconciliación nacional y como soporte y marco de libertades.

Don Juan, con su gran humanidad —física e intelectual—, parecía interesado por cuanto sucedía en nuestra patria. Excelentemente informado —al contrario de lo que algunos vienen diciendo—, sabía tanto inquirir sobre aspectos generales como muy concretos de nuestra realidad nacional. Y siempre lo hacía con cuidado de no herir susceptibilidades ni entrar en terreno fácilmente polémico. Aceptaba —al contrario de varios de sus más próximos consejeros— el hecho histórico del republicanismo socialista y no pretendía, en la ocasión, convertir ideológicamente a sus interlocutores, pero solía agregar: “Sois republicanos, pero antes, supongo, consideráis como valor superior el de la Democracia, y estoy convencido que solo mediante la Restauración en mi persona puede España encontrar sus libertades democráticas.” Y de ahí la petición del concurso de todos los españoles de buena fe que así lo desearan: “Porque hemos de aprender a convivir.”

La visión de Don Juan sobre el futuro de España corresponde, en sus líneas maestras, a lo que ha tenido lugar a partir de la transición, que fue algo más que una transacción. Don Juan no se privaba de de-

cir —y así lo hemos escuchado quienes escribimos estas líneas— que la Monarquía en España solo estaría consolidada el día que gobernara con ella el socialismo. Para Don Juan, la Restauración —que por aquellos días pensaba que sería en su persona— había de significar la superación efectiva de la guerra civil, el reencuentro de los españoles en unas reglas de juego democráticas. Por eso quienes, cuales sean sus móviles, resucitan el maniqueísmo político, atribuyendo a unos y otros intencionalidades partidistas de carácter involutivo, están forzando la conciencia democrática que rige los destinos de España desde el consenso constituyente a nuestros días. ¡Cuidado con decir: “que viene la derecha de antes”, o “eso es el frentepopulismo”! Si algún personaje puede tener hoy validez es el de aquel Rey padre que quiso serlo de todos los españoles y lo fue en su heredero Juan Carlos, de “Aprended a convivir”.

Don Juan, el gran exiliado, hubo de sortear, con cambiante fortuna, todos los bajos y escollos que se presentaban en su derrota. Si bien nunca desmintió los unívocos principios sentados en sus mensajes de Lausanne y de Estoril, tuvo que mantener un difícil equilibrio a partir de la hora en que el Príncipe Juan Carlos y su hermano, Don Alfonso, vinieron a cursar estudios en Madrid bajo la estrecha vigilancia de El Pardo. Ello le obligaría, en esos términos marineros que le eran tan entrañables, a calar la sonda de continuo y a ponerse a la capa con frecuencia. Como era natural, parecidas maniobras, forzadas por las circunstancias, no podían ser correctamente entendidas sino de muy pocos, y no faltaron quienes las denunciasen como fruto de la irresolución, cuando no de la inconsecuencia o de ciertos atavismos. No se comprendió en esas alternativas las decepciones que Don Juan había experimentado a lo largo de su permanencia en Portugal. ¿Cuántos en la patria y entre los que se apresuraron a felicitarle con motivo de su traslado a Estoril seguían diez o quince años después prestándole atención? Y Europa que ya no era la de Winston Churchill (quien tenía una natural afinidad, por buenas razones y también por un cierto paternalismo dinástico británico, con la Casa Real española), sino la Europa concertada con los EE.UU. para otorgar prioridad absoluta a la guerra fría contra el comunismo, admitiendo para ello toda laya de concursos.

Hoy Don Juan, después de varias décadas de augusto apartamiento, en que pudo conocer de ingratitudes y deslealtades, de olvidos y mezquindades, pero también de la gloriosa satisfacción de ver consolidada en democracia “la Monarquía de todos los españoles”, comienza en la memoria colectiva de nuestro pueblo a obtener debido reconocimiento. Su destino fue singular, sin semejanza alguna con el de otros dinastas españoles. Hagamos suyas aquellas palabras de San Pablo, en su segunda epístola a Timoteo: “He librado hasta el final el buen combate, he acabado la carrera, he guardado la fe.” En paráfrasis: “He luchado por las libertades de España, doy por concluida mi

misión, he guardado el depósito de mis mayores." Ésa es la mejor ejecutoria de quien debió llevar en vida el título de Juan III y que se ha hecho, en su último viaje, a la alta mar de la Historia.

FERNANDO BAEZA y FERNANDO MORÁN»

Teodulfo Lagunero, por su parte, el día 2 de mayo de 1993, escribe en *El País* otro revelador artículo, cuya primera parte íntegra dice así:

«José Luis de Vilallonga, en su libro *Le roi* (traducido al español) se equivoca en varias de sus manifestaciones.

No fue Vilallonga, sino yo, quien por primera vez transmitió a don Juan de Borbón la postura del Partido Comunista de España. Lo hice, cuando me recibió en París, en enero de 1974.

En un libro de próxima publicación, así lo escribo:

La figura de don Juan de Borbón siempre fue una preocupación para el régimen. También para la oposición democrática que tenía contactos con él. No para los comunistas, que fueron durante el régimen franquista la oposición más combativa; también la más perseguida. Los comunistas nunca habían intentado nada con don Juan de Borbón. Seguramente no lo consideraron viable.

En enero de 1974 (antes de la *revolución de los claveles* en Portugal), José Mario Armero, siempre dispuesto a ser útil a la causa de la democracia española, me preguntó si quería ser recibido por don Juan de Borbón. Consulté a Santiago Carrillo si al partido comunista le interesaba que en la entrevista transmitiese algún mensaje. No lo dudó. No solo le parecía bien, sino que lo consideró muy importante. El mensaje era:

*Primero.* El partido comunista quería la reconciliación nacional y la sustitución del régimen dictatorial por una democracia parlamentaria con plenas libertades ciudadanas y respeto a las minorías.

*Segundo.* España tenía serios problemas y todos, absolutamente todos los españoles, debíamos contribuir a resolverlos. Los comunistas eran los primeros que estaban dispuestos a hacerlo.

*Tercero.* El problema de la forma de Estado, república o monarquía, debía resolverlo el pueblo español en consulta electoral libre. Los comunistas aceptarían el veredicto.

*Cuarto.* Si don Juan de Borbón contribuía al restablecimiento de las libertades democráticas en España, los comunistas le aseguraban su respeto personal, aun en el caso de que el pueblo se pronunciase por la república.

*Quinto.* Debía hacer ver a su hijo, el príncipe don Juan Carlos, que una monarquía no democrática, puesta por el dictador, tendría muy pocas posibilidades de mantenerse y el tiempo que lo hiciese sería mediante la fuerza y la violencia. Los comunistas lucharían contra ella como venían luchando 40 años contra la dictadura franquista.

La entrevista se celebró en París en el hotel en el que residía don Alfonso XIII cuando la visitaba. Allí esperaban el presidente de Europa Press, José Mario Armero, y los representantes de la oposición antifranquista, agrupados en la Junta Democrática, Antonio García Trevijano, Rafael Calvo Serer, Pepín Vidal y Mario Rodríguez Aragón, y varias personas más.

El secretario de don Juan, el coronel don José A. Lacour, me introdujo a la *suite* despacho en la que recibía don Juan. Amablemente, de pie, me dio la mano y ofreció asiento. Sobre una pequeña mesa tenía unas carpetas. En la primera aparecía mi nombre; debajo, catedrático y abogado.

Con tacto le manifesté el deseo de Santiago Carrillo de transmitirle un mensaje del partido comunista. "Diga, diga; le escucho con mucho interés." Le informé, con claridad y precisión, del mensaje. No me interrumpió. Cuando terminé se levantó. Hice lo mismo. Creí que la entrevista había terminado y di un paso hacia él, como para despedirme. Me preguntó: "¿Cree que los comunistas quieren sinceramente la reconciliación nacional y que están dispuestos a olvidar todo lo que han pasado?" Contesté que no tenía duda de ello. Añadí: "Conozco a muchos dirigentes comunistas en el exilio. Todos piensan así". "¿De verdad?" "Estoy convencido", le respondí. "Siéntese, siéntese", me indicó. Mandó que repitiera todo el mensaje. Lo hice del principio al final. Me interrumpía de vez en cuando haciendo comentarios o preguntas, que yo contestaba.

Continuamos durante más de una hora la entrevista. Ya más distendidos, cumplida mi misión de transmitirle la postura del partido comunista, en un momento de pausa, cambiando de tema, le dije:

"Don Juan, yo, personalmente, soy republicano (él no se inmutó); toda mi familia lo es. La Primera República Española se proclamó a petición firmada en las Cortes por el general Lagunero, antepasado mío. Yo fui condenado, cuando tenía 18 años, en un consejo de guerra por organizar y participar en una manifestación conmemorando el 14 de abril, en el primer movimiento antifascista organizado en la Universidad española, en Valladolid, en el año 1945, teniendo a mi único hermano en la cárcel y a mi padre, destituido de catedrático y desterrado en Zamora. No obstante, si el pueblo se pronuncia mayoritariamente por la monarquía, como demócrata, la acataré. Si usted me lo permite, le diré que pienso que la única posibilidad de que en España se mantenga una monarquía es siendo democrática y parlamentaria, no una monarquía franquista, impuesta y mantenida por la fuerza. Una monarquía que facilite la amnistía, la reconciliación nacional, el restablecimiento de las libertades públicas y el reconocimiento de los partidos políticos. Libertades públicas que tienen que darse a todos los ciudadanos, a todos los partidos políticos sin excepción, lo que supone legalizar a todos, incluyendo el partido comunista; que se gobierne con una Constitución salida de un Parlamento elegido en elec-

ciones libres y refrendada por la voluntad de todo el pueblo español. Esta monarquía es la única que puede llegar a tener apoyo popular.”

Don Juan escuchaba atentamente asintiendo con la cabeza. Centró su interés en saber cuál iba a ser la actitud comunista en el momento de la caída de la dictadura. Durante nuestra larga conversación, varias veces insistió en preguntarme si era creíble la postura moderada y reconciliatoria de los comunistas.

Nuevamente de pie, don Juan dijo: “Si es verdad todo lo que usted me dice de los comunistas, ¡qué patriotismo el de esos hombres! ¡Qué patriotismo el de los obreros españoles! ¡Qué generosidad! ¡Lo que tiene que aprender la derecha española!” “Bueno”, terminó diciendo, “dígame usted a su amigo que me parece muy bien su postura y que la tendré muy en cuenta”.

En aquellos días se estaba dando una batalla en el círculo íntimo de don Juan. Unos, tratando de que hiciese una declaración clara y contundente contra la dictadura. Otros, tratando de evitarlo, considerando que el hacerlo significaba una ruptura frontal con Franco de imprevisibles consecuencias incluso para su hijo don Juan Carlos.

Comenté con Carrillo el desarrollo de la entrevista. Preguntó por mi impresión personal sobre don Juan. Dije que me parecía amable, sencillo, un patriota liberal que quería sinceramente la democracia en España. Santiago quedó plenamente satisfecho. Era consciente, viéndolo yo en España, donde ejercía profesionalmente y tenía importantes intereses empresariales, que el ser, en aquellos momentos graves y delicados, interlocutor del partido comunista con don Juan de Borbón suponía asumir un tremendo riesgo. Me lo había pedido, consciente de ese riesgo, porque era imprescindible, en la importantísima y trascendental batalla política que se estaba dando en torno a don Juan de Borbón, que él conociera, de manera directa y clara, la postura del partido comunista.

También estaba yo satisfecho. Si era importante y necesario que los comunistas adoptasen esa posición moderada y reconciliatoria, no menos necesario era que los españoles la conocieran y confiaran en ella. [...]

TEODULFO LAGUNERO»

El 14 de junio de 1975 Don Juan pronuncia en Estoril un discurso de excepcional importancia, en un acto organizado por Unión Española, al que asiste una buena parte de la oposición democrática española, ciento dieciocho comensales según la crónica de Jesús Picatoste en *Blanco y Negro*.<sup>25</sup> «...considero un deber inexcusable

25. *Blanco y Negro*, 17-VI-1975, única publicación española que difundió íntegro el discurso.

—afirma— que perseveremos en nuestra actitud hasta que quienes realmente tienen poder para enderezar el rumbo del Estado, se convengan de que deben hacerlo para que el pueblo español, como es de justicia, tenga acceso por fin a la soberanía nacional». El dictador, cada vez más senil, se irrita. La sombra de Don Juan le persigue hasta el final de sus días. Franco no quiere que la Monarquía se nutra en las savias de la voluntad popular. Ordena que se prohíba al Rey arribar a ningún puerto español.

### Pasión y muerte de Francisco Franco

Don Juan Carlos se siente solo, sin Carrero, sin López Rodó, entre un Franco acosado por su familia y un Gobierno abiertamente antijuancarlista. Menos mal que el ministro secretario general del Movimiento, Fernando Herrero Tejedor, y el vicesecretario, Adolfo Suárez, le inspiran confianza. El Príncipe deja entrever que Herrero Tejedor, que es hombre del Opus, aceptado por un sector de Falange y partidario de la apertura, será su primer presidente del Gobierno. Tal vez debió ser más cauto. El 23 de junio de 1975, Herrero Tejedor fallece en una colisión de tráfico cerca de Adanero (Ávila), en el kilómetro 108 de la carretera Madrid-La Coruña. Su coche, un *Dodge* negro, modelo 3.700, matrícula 56M-0243, quedó aplastado por un camión *Pegaso*, matrícula CC-33875, conducido por Germán Corral. ¿Accidente? ¿Quién será capaz de dilucidarlo? Todo inclina a pensar que fue un hecho fortuito y así lo creen los familiares de Herrero, aunque el periodista Campo Vidal lo haya puesto en duda en su libro *Información y servicios secretos en el atentado al presidente Carrero Blanco* (pág. 90s.) En todo caso, el hombre del Príncipe en el Gobierno Arias muere. Y no le reemplaza su segundo, Suárez, sino el falangista Solís, un rollizo esqueleto desempolvado de los desvanes de la Falange dura. El Príncipe llama a Anson, director entonces de la revista *Blanco y Negro*. «Por favor —le pide—, cuídame a Adolfo Suárez. Es uno de los pocos hombres seguros que tengo en ese sector.» Anson lo hace lo mejor que puede y organiza un homenaje político de *Blanco y Negro* al que solo un año después será presidente del Gobierno de la Monarquía.

El 26 de septiembre de 1975 Franco firma cinco sentencias de muerte contra terroristas. El 27 se producen las ejecuciones. Mariscal de Gante, que gestiona la Dirección General de Prensa, ordena que no se publique nada, pues quien lo haga quedará sujeto a la Ley Antiterrorista promulgada en agosto. Solo hay una revista que sirve



Don Juan de Borbón y su hijo Juan Carlos con Luis María Anson, el autor de este libro. A la izquierda, Doña María, la esposa de Don Juan. De perfil, detrás de Luis María Anson, el Marqués de Mondéjar.

«No tengo duda de que eres la persona adecuada para escribir un libro de fondo sobre mi vida política, pero —le insistió Don Juan a Anson— diciendo siempre la verdad, por muy molesta que sea para mí o para los míos.»

**Don Juan** es la biografía política de mayor interés que se ha publicado desde la muerte de Franco; la más reveladora, sin duda, que se ha escrito en torno al personaje más decisivo, y al mismo tiempo menos conocido, de nuestra historia reciente. Su aparición constituye todo un acontecimiento literario y político.

Luis María Anson, testigo de muchas de las escenas que narra, saca a la luz por primera vez documentos procedentes de los archivos personales del propio Don Juan. Su libro, por un lado, es un gran ensayo histórico, y, por el otro, una obra que desvela algunos de los secretos mejor guardados de una época que va desde el reinado de Alfonso XIII hasta la consolidación de la Monarquía democrática con el Rey Juan Carlos.

Escrito con garra periodística, pluma de escritor y objetividad de historiador, **Don Juan** aporta también una documentación gráfica que incluye cartas autógrafas de Don Juan Carlos y Franco dirigidas a Don Juan de Borbón.



9 788401 375286

todocoleccion